

# Libros y Revistas

## "EL VIENTO NO ENVEJECE"

Por Julio Escobar

Afrodísio Aguado, S. A.  
Madrid. — 360 páginas.

**H**ENOS en un lugar de Castilla, intercambiable con otro cualquiera de los muchos en que han tocado las caminatas seguidas por Julio Escobar, castellano de nacimiento y excursionista de amorosa inclinación, a lo largo y a lo ancho, de cualesquiera tierras españolas. Así orientado, en su vocación gustosa, parece que en Julio Escobar revive la novela regional en tanta boga hasta hace relativamente pocos años; pero que arranca de muy atrás, del romanticismo realista, costumbrista y folklórico en su más directa aceptación: el pueblo tal y como es, sin que tenga que manifestarse necesariamente a través del canto y la danza, la romería y la indumentaria.

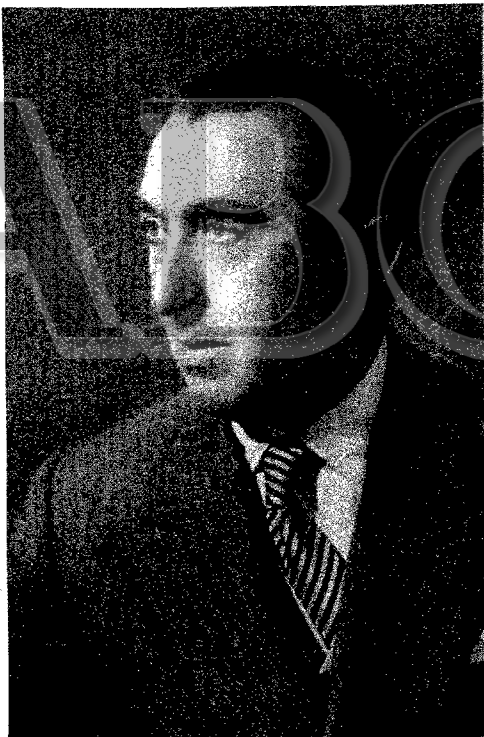
No cabe desconocer que ese realismo, en su última etapa, habría que situarlo entre Alarcón y Blasco-Ibáñez, camino ya muy transitado, y es cierto el peligro que acecha en este o aquel recodo de tal itinerario: caer en un estilo tocado por exceso de ese mismo realismo en lo que hace a lo descriptivo, a lo coloquial, a los tipos o personajes, a las circunstancias en que se ven envueltos y a la composición misma del relato. Dentro de ese marco, que tanto limita los objetivos del novelista, Julio Escobar se mueve con la desenvoltura y seguridad que da el conocimiento del medio geográfico-social y del instrumento lingüístico o idóneo.

No se le oculta, de seguro, a Julio Escobar ese peligro, y trata de sortearlo en su novela, por un lado, con una intención social que no puede por menos de modificar el punto de vista propio de aquel realismo, detallista y no siempre de buen gusto, y, por otra parte, ha puesto Julio Escobar especial esmero en el estilo, sustrayéndolo a gustos o modas circunstanciales, de antes o de ahora. Julio Escobar escribe un castellano muy español, con llaneza y sencillez. Para crear perspectiva respecto a la época donde localiza cronológicamente su novela, no le vendría mal, en ocasiones, a la correcta expresión un matiz de ironía, de comprensivo humor.

"El viento no envejece" nos presenta una embocadura de novela social, no tanto por lo que, para distinguir matices, calificaríamos de "laboral", sino por lo que tiene de observación respecto a las clases en que se parcela la sociedad, con lucha o sin lucha en ella: en uno u otro caso, motivo de problema abierto a determinadas consideraciones. Fijémosnos en el comienzo: "En los primeros años del presente siglo había en nuestra pequeña ciudad tres clases sociales: los señores que vivían de sus rentas y negociantes privilegiados, de los de al por mayor; los artesanos, en cuya aglomeración entraban los comerciantes y los industriales de menor cuantía, labradores y ganaderos, y algunas personas de profesiones y oficios de una mediana prudencia, y en último lugar estaban

los pobres, trabajadores por cuenta ajena y a lo que saliese." No se olvida el autor de la masa anónima, independiente, que formaban los pobres de solemnidad, los mendigos, malviviendo en los barrios extremos. Y a los efectos de "El viento no envejece", esta penosísima e inadaptable clase queda extramuros del relato, no obstante el coro, muy numeroso, que da fondo a los personajes principales. Los que llamaríamos intermedios no tardan en aparecer. Trátase de gentes extraídas de una mesocracia a segundas luces, en todos los aspectos. Son los contertulios de doña Eva Voltoya, solterona rica, de familia hidalga, piadosa con entretela de prejuicios e incomprendiones.

Incorporémonos a la tertulia de doña Eva: "Allí iban doña Emilia la de Marcue-



Julio Escobar. (Foto Company.)

ra, la opulenta esposa de don Amador, abogado y terrateniente, un tipo quijotesco en lo físico, pero epicúreo en lo espiritual; el comerciante don Manuel Martín, dueño del mejor almacén de tejidos, quien hizo su fortuna peseta a peseta, tras el mostrador, acompañado siempre de su mujer, doña Eufrasia, quejicosa y enfermiza, cargada de alhajas y adornada de encajes; doña Celsa, una adinerada solterona que compartía con la de Voltoya la presidencia de todas las Hermandades, Cofradías y Asociaciones de carácter religioso y benéfico, aunque madura, buena jaca de regalo todavía; el párroco de Santo Tomás, don Vicente, gigantesco e impresionante, como una figura del Antiguo Testamento; doña Lola, la de los Nogales, pechugona, olorosa a alcanfor y a espliego; las del Valle, Pepa, Luisa, Crisanta y Prudencia, todas ellas acorchadas en la este-

rididad de su soltería, sin edad por haber rebasado las edades controlables, y otros graves, sesudos y prestigiosos personajes de aquella vecindad. La Benita les recibía en silencio, pero muy reverenciosa y servicial..."

Nos hemos demorado en esta cita para que el lector forme idea del "paisaje humano" de esta novela, ya que el paisaje, propiamente dicho, el de la ciudad y sus alrededores, gravita menos en la acción, en el choque banderizo de las bajas pasiones, dada la intención del autor, atento, sobre todo, a los factores humanos y a la sociedad en que se integran, con un implícito anhelo de saneamiento de las costumbres y de nuevos conceptos que superen las violencias de un desorbitado espíritu de clase, no ya en su proyección económica, sino en la moral. Julio Escobar no corta horizontalmente, en su visión del problema, la sociedad que atentamente observa, por clases o estamentos, sino más bien verticalmente, como si le influyera la decimonónica clasificación en derechas e izquierdas. Puestos nosotros a apurar ese sutil, diríamos que convenia, a los efectos de la novela, la línea diagonal, para que a cada lado hubiese de todo sin privilegio para ser titulares de virtudes o de vicios los apegados a la tradición y los influidos por la idea del progreso, respectivamente. De todo habría, en humano amasijo, en la sociedad de Avila o Segovia, como de otra cualquiera ciudad. De una parte, luchan doña Eva y su afines, por diversas razones; desde la situación que disfrutan o padecen hasta la rutinaria manera de pensar y de sentir. Enfrente, una turbia mezcla de que son expuestas el dueño de un café donde se juega "a los prohibidos" y al amor mercenario, café de camareras, pupilas de una doña Pura, tipo que no debe perder de vista el lector, porque su hija, pese al ambiente que respira, es todavía chica inocente. Su padre no es don Santos, sino un marqués que se pierde en la noche de las murmuraciones. Mal acomodados en esa división de clases quedan los sobrinos de doña Eva: Alberto, degradado por el alcoholismo, y el boticario don Rufo. La posible superación de tal antagonismo parece venir por el matrimonio del joven Pablo, hijo de Alberto—un Voltoya nada menos—, y Adelita, la hija de doña Pura. Y aquí, o algo más allá, podría terminar la novela. La culminación del interés y técnica novelística la hallamos en los capítulos III al V de la segunda parte. Es ahí donde se roza el problema central del relato: "¿Es que mi sobrino—dice el razonador don Amalio—va a ser dichoso, va a encontrar la paz, la pequeña dicha de este mundo uniéndose a una mujer de esta especie, tan anormal, por ser hija de quien es y educada en un prostíbulo?" Y es también hacia esas páginas donde hallamos los más felices rasgos descriptivos del paisaje castellano. De cuanto acontece al matrimonio de Adelita y Pablo pudiera hacerse materia de una segunda novela, ajustada a distinta cronología y a otra tipología, porque ha pasado el tiempo no en vano y la figura central es Margarita, sobrina nieta de doña Eva. Han pasado, pues, dos generaciones más. El interés se mantiene y aún se acrece, pero el autor pone en juego recursos de naturaleza folletinesca que nos conduce hasta el suicidio del pobre Pablo, en escena, eso sí, plasmado, en buena prosa, bajo la presión que ejerce la fuerza de la naturaleza a que ayude el título en ráfaga de trágica poesía. "El viento en el ímpetu de su eterna juventud..."; pero los hombres miserables mortales, sucumben.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

De la Real Academia Española.

comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición de terceros, así como la explotación económica o comercial de los mismos, a los que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los

ABC (Madrid), 04/10/1964. Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la reproducción en papel para uso personal, siempre que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los